

# REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUOIGALPA: 15 DE NOVIEMBRE DE 1903

NUM. 49

## Media noche

NINGUNA melodía humana dice al espíritu tan hondas palabras como los profundos rumores de la media noche. Quien los haya oído intensamente conoce la voz del infinito....., la voz de la sombra y de la muerte....., la voz de nuestro pasado que solloza en el misterio.

En esa hora solemne las formas de la materia se revisten de un insólito valor.

Todo yace inmóvil, todo calla bajo el cielo constelado. Sólo se oyen vagos murmullos que el oído recoge, á veces, como si fueran formidables estruendos: quejas, suspiros, ecos, voces de agonía ó de pena, más imponentes que el derrumbamiento de una montaña en pleno día....

Duermen los seres y las cosas. Una hoja seca en alas del viento pasa revolando por un claro de luna. Las luciérnagas verdes erran como almas...

—Triste es la vida—dice el agua del surtidor.

Triste es recordar el antaño luminoso, la caricia materna, la amada de frescos labios carmeses. Todo pasa, todo se acaba.....sólo vive el recuerdo para torturarnos. Florece una vez nuestro espíritu. Pero luego llega el invierno y todo muere á nuestro alrededor.....Todo muere, todo muere en nuestro espíritu.....sólo vive el recuerdo para torturarnos...

—Triste es la vida—dice el viento con extraña quejumbre.

La gloria, el amor, todas las formas del placer y la ilusión, pasan fugaces como el perfume de las rosas, se extinguen como una melodía gemidora. La juventud es una ardiente música que va haciéndose monótona como una vieja canción repetida á la caída de la tarde. Pronto cae la

nieve sobre los cabellos y el hastío sobre las emociones; y ninguna belleza terrena es capaz de poner una sonrisa sobre el espíritu moribundo.

Y el alma de la media noche répites con sus múltiples ruidos, pavorosos y elocuentes:

—Triste es la vida, y amargo el recuerdo del risueño pasado.

Todo desaparece bajo la tierra. Nada perdura. Descendamos al abismo de la melancolía y de la muerte y aneguemos los viejos ensueños en la amargura de nuestras últimas lágrimas....

Porque todo muere tristemente y las bellas cosas de la tierra pasan como el perfume de las rosas, como las nubes, como las quejumbres del viento, como las suaves voces del surtidor, que nos hablan de olvido y de eternidad.

FROILAN TURCIOS

## Día de primavera

CERCA del blanco tronco de la haya estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino dulces sonidos.

—Sí—decía ella;—más esa villa italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda con su ténue tinta da melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas parece la encarnación de un triste pasado.

Los mismos niños que juegan cerca de la villa, no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

—Nuestra alma á veces contagia con sus males el alma de los demás.

RUBÉN DARÍO

### Música orgullosa de la tempestad

(Traducción de AMADO NERVO)

1

MÚSICA orgullosa de la tempestad,—ráfaga que tan libre salta y corre, silbando en la extensión de las praderas,—gran murmurio de las cimas de los Bosques!—viento de las montañas,—vagas formas personificadas—vosotras orquestas ocultas,—vosotras, serenatas de fantasmas con instrumentos alerta,—mezclando al ritmo de la naturaleza todas las lenguas de las naciones;—vosotras, cuerdas abandonadas como por vastos compositores,—vosotros, coros,—vosotras danzas religiosas, libres é informes, vosotras, las del Oriente,—vosotras, medias voces de los ríos, mugidos de cataratas que se despeñan,—vosotros, rumores de cañones lejanos, con la caballería que galopa,—ecos de los campamentos, con todos los varios llamados de los clarines,—formando tropas tumultuosas, llenando la tarde media noche. encorvándome á mi impotente,—entrando en mi cámara de reposo, solitaria, ¿por qué os habéis apoderado de mí?

2

Avanza, oh alma mía, y deja al reposo que se vaya;—escucha, no pierdas nada, hacia tí vienen ellos;—dividiendo la noche, entrando en mi cámara de reposo,—para tí cantan y danzan, alma mía, un canto de fiesta,—el dúo del novio y de la novia,—una marcha nupcial,—con labios de amor y corazones de amantes colmados de amor hasta los bordes,—las mejillas sonrojadas y los perfumes, un cortejo hormigueante de caras amigas, jóvenes y viejos,—á las claras notas de las flautas y al *cantabile* de las arpas resonantes.

3

Los ruidosos tambores se aproximan ahora,—Victoria! ¿No ves entre el humo polvoriento las banderas, desgarradas, pero ondulantes? ¿La caterva no ves de los vencidos?—¿No escuchas esas exclamaciones de un ejército conquistador?—(Oh alma, y los sollozos de las mujeres, los heridos que gimen en agonía,—el silbar y el crepitar de las llamas, los ennegrecidos escombros, las cenizas de las ciudades incendiadas,—los lamentos y la desolación de la humanidad?)

4

Ahora, me penetran aires antiguos y medievales,—veo y escucho á los viejos arpistas con sus arpas, en las fiestas galas:—oigo á los *minne singers* cantando sus layes de amor,—oigo á los menestrales, á los juglares, á los trovadores de la edad media.

5

Ahora el gran órgano resuena—trémulo, en tanto que muy abajo (como los escondidos puntos de apoyo de la tierra—sobre los cuales ingentes reposan y de los cuales móviles penden—todas las formas de belleza, de gracia y de fuerza, todos los matices que conocemos,—las briznas de verde césped, los pájaros que gorgean, los niños que saltan y juegan, las nubes del cielo, allá en las alturas),—la base poderosa se mantiene y sus pulsaciones no se interrumpen,—batiendo, sosteniendo, inundando todo el resto, maternidad de todo lo demás,—y con esto, cada instrumento en multitudes.—Tocan los músicos, los músicos del mundo entero,—los himnos y las solemnes misas estimulan la adoración—todos los cantos apasionados del corazón, los dolorosos llamamientos,—los dulces é improvisados vocalizadores de las edades,—y para mezclarlos y unirlos el diapason de la tierra,—de los vientos y los bosques y las olas del oceano potente;—una nueva orquesta uniendo las épocas y los climas, compuesta y diez veces renovadora,—como en los días de otro tiempo, de que hablan los poetas: el paraíso.—El apartamiento, la separación larga; mas ahora el vagar ha concluído,—terminó el

viaje, llegó al hogar el viajero,—y hombre y Arte con la Naturaleza de nuevo se confunden.

6

Tutti! Por la tierra y el cielo;—(El director de orquesta, todopoderoso, ha hecho para mí una señal con su batuta).—La viril estrofa de los esposos del mundo—y todas las esposas que responden,—las lenguas de los violines,—pienso yo ¡oh lenguas! que explicáis vosotras este corazón que no puede á sí mismo explicarse. (Este corazón lleno de ternura y de aspiraciones, que no puede á sí mismo explicarse).

7

Ah! Cuando yo era muy niño,—tú sabes, alma mía, como para mí todos los ruidos se trocaron en música:—la voz de mi madre en arrullo ó en himno;—las voces—¡oh tiernas voces—amantes voces del recuerdo!—Postrer milagro de todos los milagros—las voces de mi madre muy amada y de mis hermanas;—la lluvia, el trigo que crece, la brisa entre los maizales de luengas hojas,—la resaca que viene á golpear regularmente la arena,—el ave que charla, el grito agudo del gavilán,—las notas de los pájaros salvajes que rastreando vuelan por la noche, en camino hacia el Norte ó hacia el Sur,—el salmo en la iglesia de la aldea, entre el bosque; el campamento al aire libre; el ministril en la taberna, la sanción con estríbillo, los interminables cantos de los marineros,—el ganado que muge, los corderos que balan, el gallo que canta al alba.

8

Todos los cantos de todos los países actuales vienen á resonar á mi rededor,—los aires alemanes de amistad, vino y amor,—las baladas de Irlanda, las gigas y las alegres danzas, los refranes ingleses,—las canciones de Francia, los aires escoceses y, sobre todo ello,—las composiciones sin igual de Italia.—A través de la escena con la palidez en el rostro y con una sombría pasión, en tanto,—Norma avanza blandiendo en su mano la daga.—Veo el reflejo sobrenatural de los ojos de la pobre Lucía loca,—sus cabellos desatados—y enmarañados caen sobre sus

hombros.—Veo á Hernani que atraviesa el jardín nupcial;—en medio del perfume de las rosas, radiante y llevando á su novia de la mano,—oye el llanamiento infernal, el signo mortal de la trompa.—Las espadas que se cruzan y las grises cabezas despeinadas, bajo el cielo.—el bajo y el barítono claros y eléctricos del mundo,—el dúo del trombón, libertad para siempre!—De la sombra densa de los castaños españoles, cerca de viejos y sólidos muros de convento, surge un canto quejumbroso,—canto de amor perdido; la antorcha de la juventud y de la vida, que se extingue en la desesperación,—canto del cisne moribundo—el corazón de Fernando se rompe;—despertándose de sus dolores por fin redimidos, Amina canta,—copioso como las estrellas y feliz como la claridad de la mañana es el torrente de su alegría. (La fecunda matrona viene, el orbe que estalla, Venus contralto, la madre que florece,—yo oigo á la Albani, hermana de los más orgullosos dioses).

9

Oigo esas odas, sinfonías y óperas—oigo en el *Guillermo Tell* la música de un pueblo rebelado y furioso,—oigo los *Hugonotes* de Meyerbeer, el *Profeta ó Roberto*;—el *Fausto* de Gounod ó el *Don Juan* de Mozart.

10

Oigo la música de baile de todas las naciones,—el vals (un compás delicioso, que declina me baña de bienaventuranza); el bolero, con el tañido de sus guitarras y el chasquido de las castañuelas.—Veo las danzas religiosas, antiguas y modernas, oigo el sonido del arpa hebrea,—veo á los cruzados en marcha, enarbolando la cruz, al marcial retumbar de los címbalos.—Oigo la melopea monótona de los dervises, entremezclada de frenéticos gritos, en tanto que giran sobre sí mismos, volviéndose sin cesar hacia la Meca,—veo las danzas religiosas y extáticas de los persas y de los árabes.—Todavía en Eleusis, cuna de Ceres, veo á los griegos modernos que danzan—los oigo palmotear inclinando los cuerpos,—oigo el métrico rumor de sus pisadas.—Veo aún la antigua y salvaje danza de los coribantes; los

que danzan se hieren entre sí.—Veo al joven romano, al son agudo de los caracillos, lanzando y aparaudo sus armas, —cayendo de rodillas y levantándose.— Escúcho el llamamiento del muezzin en la mezquita musulmana,—veo en el interior á los adoradores (ni liturgias, ni sermón, ni discusiones, ni palabras),—pero con las cabezas levantadas, silenciosas y extrañas, devotas, radiantes, con los rostros extáticos.

11

Escucho el arpa egipcia de cuerdas numerosas,—los cantos primitivos de los bateleros del Nilo,—los himnos sagrados é imperiales de la China,—á los sonidos delicados del *King* (madera y piedra que se entrechocan)—ó las flautas indostanas ó el gangueo deshilado de la *vina*,—un ensamble de bayaderas.

12

Y ahora, Asia, Africa, dejadme: Europa se apodera de mí y me inspira,—en los órganos inmensos y las orquestas, oigo como vastos concursos de voces,—el himno ardiente de Lutero, *Eine fest Burg izt nuser Gott*, el *Stabat Mater Dolorosa* de Rossini,—ó flotando en alguna catedral oscurecida por sus vitrales suntuosamente coloridos,—el *Agnus Dei* ó el *Gloria in excelsis*, apasionados.

13

Compositores, maestros potentes!—Y vosotros dulces cantores de los países viejos, sopranos, tenores, bajos,—á vosotros un nuevo bardo que canta en el Oeste, humildemente envía su amor.—Todo esto va á tí, oh alma;—todos los sentidos, los espectáculos y los objetos, llevan hacia tí;—más paréceme ahora que el sonido nos lleva á tí mejor que todo.

14

Escucho el canto anual de los hijos de la catedral de San Pablo,—ó bajo la bóveda elevada de alguna sala colosal, las sinfonías y los oratorios de Beethoven, Haendel ó Haydn.—La *Creación* me baña en olas de divinidad.—Dadme todos los sonidos para que yo los contenga (grito debatiéndome como un loco).—Llenadme de todas las voces del Universo,—dotad-

me de sus palpitaciones y también de las de la Naturaleza,—las tempestades, las olas, los vientos, las óperas, los cantos, las marchas y las danzas,—vertedlas, derramadlas, porque quiero tomarlas todas.

15

Entonces, me desperté dulcemente, y deteniéndome á interrogar un instante á la música de mi ensueño,—é interrogando á todas esas reminiscencias—la tempestad en su furia,—y todos los cantos de sopranos y tenores,—y aquellas frenéticas danzas orientales de fervor religioso,—y los dulces instrumentos variados, y el diapasón de los órganos,—y todas las quejas ingenuas del amor, del dolor y de la muerte,—dije á mi alma curiosa y muda, fuera del lecho de la cámara de reposo:—Ven, porque he encontrado la explicación que buscaba hace tanto tiempo,—salgamos, refrigerados, en la claridad del día,—adaptándonos alegremente á la vida, recorriendo el mundo real—nutridos para lo de lo adelante con nuestro celeste ensueño.—Y dije además:—Acaso eso que oíste, oh alma, no era el ruido de los vientos,—ni el ensueño de la tempestad rabiosa, ni las alas que palpitan, ni el grito ronco del pájaro marino,—ni la vocalización de la Italia llena de Sol,—ni el majestuoso órgano germánico—ni el vasto concurso de voces, ni los creadores de armonías,—ni las estrofas de los esposos y de las esposas, ni el rumor de los soldados en marcha,—ni las flautas, ni las arpas, ni los llamamientos de los clarines en los campos,—sino un nuevo ritmo hecho para tí,—poemas que arrojan un puente sobre el camino que lleva de la Vida á la Muerte,—vagamente sostenidos por el aire nocturno, imprecisos, no escritos,—puente que nos hace pasar al pleno día y escribir.

WALT WHITMAN

### Versos sencillos

Si ves un monte de espumas,  
es mi verso lo que ves;  
mi verso es un monte, y es  
un abanico de plumas.

Mi verso es cual un puñal  
que por el puño echa flor;  
mi verso es un surtidor  
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro  
y de un carmín encendido;  
mi verso es un ciervo herido  
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada;  
mi verso breve y sincero  
es del vigor del acero  
con que se funde la espada.

JOSÉ MARTÍ

### Póstuma

Digo notas de música en la calle.  
La tarde va á morir, la noche llega  
y de los campos van á mi ventana  
olores y calor de primavera.  
Me tiemblan las rodillas, y mis ojos  
no sé por qué, de lágrimas se llenan;  
me apoyo en la ventana tristemente,  
escondo entre las manos mi cabeza  
y entonces pienso en tí que estás tan lejos...  
y la muerte tan cerca!

LORENZO STECCHETTI

### El miedo

DESPUÉS de comer subimos al puente.  
Ante nosotros se extendía el mar,  
cuya superficie tranquila y en calma  
iluminaba la luna serena. La embarcación  
se deslizaba lanzando hacia el cielo,  
que parecía sembrado de estrellas,  
una negra columna de humo; detrás de nosotros,  
el agua blanca, agitada por el rápido paso  
del barco, batida por la hélice,  
parecía retorcerse entre la espuma,  
removiendo tantas claridades  
que hubiera podido decirse  
que aquello era algo así como la luz  
de la luna en ebullición.

Estábamos allí reunidos siete ú ocho,  
silenciosos, la mirada dirigida hacia las  
lejanas costas de Africa, adonde nuestro  
buque se encaminaba. El comandante  
que fumaba un cigarro en medio de nosotros,  
dijo de pronto, siguiendo la conversación  
empezada durante la comida:

—Sí, aquel día tuve miedo. Mi navío  
estuvo durante seis horas sujeto contra  
esas rocas, batido por el mar. Afortuna-

damente un bergantín inglés nos recogió  
y milagrosamente logramos salvarnos.

Entonces, un hombre alto, con el rostro  
tostado, de grave aspecto; uno de esos  
hombres de quienes al verlos, se adivina  
que han atravesado lejanos y desconocidos  
países en medio de incansables peligros  
y cuya tranquila mirada parece conservar  
allá en sus profundidades algo de los  
extraños paisajes que han visto; uno  
de esos hombres que parecen respirar valor  
por todos sus poros, habló por la primera  
vez:

—Dice usted, comandante, que ha tenido  
miedo. ¡Bah! no lo creo. Usted no dice  
la palabra exacta ó se engaña sobre la  
sensación que ha experimentado. Un  
hombre enérgico jamás tiene miedo en  
presencia de un peligro cierto, por grave  
y apremiante que sea; se siente emocionado,  
agitado, ansioso; pero el miedo.... ¡ah,  
el miedo es otra cosa!

El comandante contestó riendo:

—¡Demonio, yo le respondo á usted de  
que tuve miedo!

Entonces el hombre de rostro bronceado,  
pronunció con voz lenta:

—Permítame usted que me explique.  
El miedo (y los hombres más valientes  
pueden tenerlo), es algo horrendo; una  
sensación atroz, como una descomposición  
del alma, un terrible espasmo del cerebro  
y del corazón, cuyo sólo recuerdo  
hace estremecer de angustia. Pero nada  
de eso sucede, siendo valiente, ni ante un  
ataque, ni en presencia de una muerte  
inevitable ó de cualquiera de las formas  
conocidas del peligro: no, eso tiene lugar  
en ciertas circunstancias anormales,  
bajo ciertas influencias misteriosas,  
enfrente de inciertos y vagos riesgos.  
El verdadero miedo es algo como una  
reminiscencia de terrores fantásticos  
de otras veces. Un hombre que crea en  
los resucitados y que se imagine percibir  
un espectro durante la noche, debe  
experimentar el miedo en todo su  
espantoso horror.

Por mi parte les diré á ustedes, que he  
sentido miedo dos veces en mi vida: la  
primera hace diez años, próximamente,  
en pleno día; la segunda el invierno pasado  
en una noche de diciembre.

Y, sin embargo, he afrontado graves  
peligros y he corrido miles de aventuras que

parecían mortales. Me he batido frecuentemente; me han atacado foragidos y me han dejado por muerto en medio de un monte; he sido condenado por insurrecto á ser ahorcado en América y en las costas de la China me han arrojado al mar desde el puente de un barco.

Pues bien: cada vez que me he creído perdido he tomado mi partido sin enternecerme y sin el menor sentimiento de tristeza.

Pero el miedo ¡ah! el miedo...

Lo he presentado en Africa. Y, sin embargo, eso es un sentimiento hijo del Norte; el sol lo disipa como la niebla.

Entre los orientales la vida no tiene valor alguno: se resignan á perderla con la mayor facilidad. Las noches allí son claras, serenas, sin leyendas ni narraciones que turban su reposo; las almas están ajenas de las sombrías inquietudes que asaltan los cerebros en los países fríos. En Oriente se puede conocer el pánico: pero se ignora lo que es el miedo.

Pues bien, señores, he aquí lo que me ha sucedido en esa tierra africana.

Atravesaba las grandes dunas al Sur de Argelia. Es aquel uno de los países más extraños del mundo. Ya conocéis las arenas suaves y compactas de las interminables playas del Océano. ¡Pues bien! Figuráos el mismo Océano convertido en arena en medio de un huracán; imaginad una tempestad silenciosa de inmóviles olas de polvo amarillo. Son altas como montañas esas olas desiguales, diferentes, y que se levantan de pronto como torrentes desencadenados, formando terribles remolinos.

Sobre esa mar furiosa, muda y sin movimiento, vierte el devorante y ardoroso sol del Sur su lluvia implacable y directa. Y hay que trepar aquellas montañas de doradas cenizas, bajar al llano, subir de nuevo, subir sin cesar, sin reposo y bajo los rayos de aquel sol abrasador.

Los caballos desfallecen de cansancio, se entierran hasta las rodillas y se escurren al trasponer las vertientes de aquellas sorprendentes colinas.

Marchábamos dos amigos seguidos de ocho sphais y cuatro camellos con sus guías. Ibamos en silencio, agobiados de calor, de fatiga y muertos de sed, como

el desierto ardiente que atravesábamos. De pronto uno de los hombres lanzó una especie de grito: todos se detuvieron; y nosotros permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido de los viajeros en aquellos lejanos parajes.

No sé dónde, en cualquier parte, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada un tambor redoblaba: el misterioso tambor de las dunas; redoblaba distintamente, tan pronto vibrante, tan pronto en un tono más bajo, cesando para dejar oír de nuevo su fantástico redoblar.

Los árabes, espantados, se miraban y uno de ellos dijo en su lengua: "La muerte está sobre nosotros....." Y hé aquí que de pronto, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, cayó de su caballo, de cabeza, herido como el rayo por una insolación. Y durante dos horas, mientras trataba en vano de salvarle, constantemente, sin cesar un momento, aquel tambor fantástico atormentaba mi oído con su ruido monótono, intermitente é incomprendible; y yo sentía que penetraba en mis huesos el miedo, el espantoso, el verdadero miedo, enfrente de aquel cadáver querido, en aquel hoyo incendiado por el sol, entre cuatro montes de arena, mientras un eco desconocido, misterioso y terrible, nos traía á doscientas leguas de toda población francesa el redoble rápido del tambor.... Aquel día comprendí lo que es tener miedo; y lo comprendí mejor aún otro día....

El comandante interrumpió al narrador:

—Perdone usted; pero ¿y aquél ruido de tambor, qué era?

El viajero respondió:

—No sé ni lo sabe nadie. Los oficiales, frecuentemente sorprendidos por ese ruido singular, lo atribuyen generalmente al eco aumentado, multiplicado por la forma especial de las dunas, del ruido que producen los granos de arena que, empujados por el viento, van á chocar contra ciertas hierbas secas; porque se ha observado que el fenómeno se produce siempre cerca de unas pequeñas plantas quemadas por el sol y duras como el pergamino; así, pues, ese ruido de tambor no era sino una ilusión. Pero estos detalles no los supe sino más tarde.

Y voy á contarles á ustedes ahora mi segunda emoción.

La sentí el invierno pasado en medio de un monte del Nordeste de Francia. El cielo estaba tan sombrío que la noche se había adelantado dos horas. Llevaba por guía un campesino que marchaba á mi lado por un estrecho sendero bajo una bóveda de pinos de los que el viento desencadenado parecía arrancar tristes y lúgubres quejidos.

A través de los árboles veía correr las nubes que semejaban seres fantásticos que huían ante un espantoso peligro. A veces, bajo el impulso de una inmensa ráfaga de viento, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido, y parecían salir de las ramas y de los troncos, azotados por el vendaval, gemidos de dolor; el frío iba invadiéndome y sentí que me penetraba hasta los huesos á pesar de mi rápida marcha y de lo grueso de mis vestidos.

Ibamos camino de un monte próximo, donde me proponía cazar, debiendo cenar y dormir en casa del guarda donde nos dirigíamos.

Mi guía levantaba de vez en cuando la cabeza y murmuraba: "¡Qué tiempo tan triste!"

Después me habló del guarda y su familia á cuya casa íbamos. El padre había matado á un cazador furtivo hacía dos años, y desde entonces parecía sombrío, como obsesionado por un recuerdo. En su compañía habitaban dos hijos casados.

Las tinieblas eran profundas. No se veía nada en derredor nuestro y las ramas de los árboles entrechocados llenaban las sombras de un lúgubre é incesante rumor.

Al fin, percibimos una luz y mi compañero llamó á una puerta. Agudos gritos de mujeres nos contestaron. Después la angustiada voz de un hombre gritó: ¿Quién va? Mi guía se dió á conocer y al entrar presencié un cuadro inolvidable.

Un hombre anciano, con los cabellos blancos, los ojos saliéndole de las órbitas, teniendo el fusil cargado entre sus manos, nos esperaba de pié en medio de la cocina, mientras dos muchachones armados con hachas guardaban la puerta y distinguí en los sombríos rincones dos mujeres

de rodillas con la cara vuelta hacia la pared.

El viejo colocó su arma contra el muro y ordenó que preparasen mi habitación: luego, viendo que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Caballero, esta noche hace dos años que maté á un hombre. El año pasado me vino á llamar; esta noche lo estaba esperando.

Y añadió con un tono que me hizo sonreír:

—Ya ve usted; por eso estamos intranquilos.

Le tranquilicé como pude, alegrándome de haber llegado justamente aquella noche y asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Empecé á contarles cuentos alegres y conseguí calmar un poco á toda aquella gente.

Al lado del ancho hogar un perro viejo, casi ciego y bigotudo, uno de esos perros que se parecen á alguien que uno conoce, dormía con el hocico entre las patas.

Fuera, la furiosa tormenta azotaba la casita donde estábamos reunidos, y á través de un estrecho cristal, especie de tragaluz colocado en la pared, cerca de la puerta, veía á cada instante los árboles agitados por el viento, entre relámpagos deslumbradores.

A pesar de los esfuerzos que hacía por distraerlos, yo comprendía que un profundo terror dominaba á aquellas gentes, y cada vez que dejaba de hablar todos los oídos escuchaban á lo lejos como si esperaran algún ruido de fuera. Cansado de asistir á aquellos estúpidos temores, iba á pedir que me condujesen á mi habitación, cuando el viejo, de pronto, dió un salto en su silla, cogió precipitadamente el fusil, balbuceando con azorada voz: "¡Ahí está! ¡ahí está.....! ¡Ya le oigo! .....

Las mujeres volvieron á caer de rodillas, ocultándose las caras contra la pared y los hijos se armaron de nuevo con las hachas. Me disponía á tratar de calmarle otra vez, cuando el perro dormido se despertó bruscamente y, levantando la cabeza, tendiendo el cuello y mirando hacia el fuego con su casi apagada mirada, comenzó á lanzar esos lúgubres aullidos que hacen estremecer al viajero en medio del campo. Todas las miradas se

clavaron en el animal, que permanecía inmóvil, rígido sobre sus cuatro patas, y seguía aullando como en presencia de algo invisible, desconocido, horrible sin duda, porque todo su pelo se erizaba. El guarda, lívido, gritaba:—“¡Le da el olor, le da el olor! El perro estaba allí cuando le maté!” Y las mujeres, aterradas, empezaron ambas á aullar con el perro.

A pesar mío, un gran estremecimiento corrió por mis hombros. La visión del animal en aquel sitio, á aquella hora, en medio de aquellas gentes despavoridas, era espantosa de ver.

Y durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como en la angustia de un sueño; y el miedo, el espantoso miedo, penetró en mi alma; ¿miedo de qué? ¿Qué sé yo; pero tenía miedo!.....

Permanecimos inmóviles, lívidos, en espera de un suceso espantoso, oído alerta, agitado el corazón, aterrados con el más ligero ruido. El perro comenzó á dar vueltas alrededor de la cocina, olfateando las paredes y gimiendo constantemente. ¡Aquel animal nos volvía locos! De pronto, el campesino que me había servido de guía, se arrojó sobre el perro en una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba á un corralillo, lo arrojó fuera de la habitación.

El animal dejó instantáneamente de aullar y nosotros quedamos como sumergidos en un silencio aun más terrorífico que antes de que el perro saliera. De repente, todos á un tiempo, sentimos una especie de sobresalto: un sér se deslizaba contra el muro de fuera, en dirección al monte; después pasó junto á la puerta que pareció tocar con mano vacilante; después.....nada durante dos minutos en que todos estábamos mirándonos como insensatos, no se oyó ruido alguno; al cabo de ese tiempo volvió rozándose contra el muro exterior: arañó suavemente, como pudiera hacerlo un niño con sus uñas...de pronto, una cabeza apareció contra el cristal del tragaluz; una cabeza blanca, con ojos fosforescentes como los de las fieras y un ruido salió de su boca, un sonido indistinto, un quejumbroso murmullo...Un formidable ruido estalló en la cocina. El guarda había disparado su

fusil. Inmediatamente los hijos se precipitaron y taparon el tragaluz con una gran mesa que había en un extremo de la habitación, corriendo el pesado cerrojo de la puerta.

Y yo os juro que al estallido del disparo, que no esperaba, experimenté una tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo, que me sentí desfallecer, á punto de morir de miedo.

Permanecimos allí hasta la aurora, incapaces de movernos, de pronunciar una palabra, crispados por un indecible enloquecimiento.

No nos atrevimos á desembarazar la salida hasta que, á través de la ventana cerrada, vimos un rayo de luz del día.

Al pié del muro exterior, contra la puerta, yacía el perro, el cuello atravesado de un balazo.

Había logrado salir del corralillo haciendo un agujero en la empalizada.

El narrador calló. Después de unos instantes de silencio, dijo:

—Aquella noche, sin embargo, yo no corría ningún riesgo; pero os juro que hubiera preferido volver á afrontar todos los más terribles peligros de mi vida, que pasar por un minuto semejante á aquel en que el guarila disparó contra la cabeza que se veía detrás del tragaluz.

GUY DE MAUPASSANT

Lo adorable

No son sus labios frescos y encendidos  
que siempre me sonríen alhagüefios,  
ni sus rizos oscuros y sedefios  
sobre su espalda mórbida caídos;

No son sus ojos tristes y adormidos  
propicios al amor y á los ensueños,  
los de mi corazón ánicos dueños,  
¡tanto más dulces cuánto más queridos!

Lo que amo en ella con ardiente anhelo;  
lo que mi altiva admiración asombra  
es su alma inmensa como el amor y el cielo!

Su alma, que encierra en lides tormentosas,  
odio y amor, irradiación y sombra,  
negras sinas y cumbres fulgurosas!

JERÓNIMO J. REINA

## Los Bohemios

HABÍA una vez cierto rey en Bohemia," dice el cabo Trim á su tío Tobí en *Trintam Shandy*.—Y esto es todo; la historia comenzada se detuvo en seguida y no terminó. La historia de la Bohemia se resume en ese vago exordio del cuento de niños. Había una vez unas gentes llamadas *roms, zingari, cygany, zigenner, gipsies, gitanos, egyptiens, bohemios, etc.* Los historiadores saben de ellos tanto como el cabo. Los mantiales de esa población excéntrica permanecen tan desconocidos como los del Nilo, de donde ella pretende descender. En las palabras sauscritas que mezcla en su caló con vocablos arrancados á todos los dialectos de la tierra, reconoce la ciencia su misterioso origen. Así sucede con los mariscos traídos de Bombay ó de Ceilán; el oído que se les aproxima cree oír en ellos el ruido del eco del mar de las Indias.—¿Cómo la inmóvil India pudo engendrar esa tribu nómada?... ¿Qué crimen expía en su proscripción secular? ¿Cómo es que no lleva consigo un sólo ídolo, un sólo fetiche, ni un rito de su país natal, en el que los dioses pululan?... Preguntas son que no pueden contestarse. Se interroga á la esfinge y no quiere decir la palabra del enigma.

Compréndese el estupor de la Europa cristiana en el siglo XV cuando vió surgir por todos los puntos de su territorio á esas hordas barrocas que parecían caídas de otro planeta. Los cronistas se antigan al describir ese conjunto de hombres negros, de niños que hacen muecas y de leonadas sibilas. Marchaban en pequeñas bandas ó en gruesos batallones, flanqueados por perros de caza precedidos de condes andrajosos y de duques destrozados, andando á caballo, acampando á las puertas de las ciudades bajo tiendas inmundas ó en carros viejos que parecían escapados de la derrota de Sennacherib. En una parte referían que estaban condenados por el Papa á recorrer el mundo por penitencia de una apostasía. En otra parte contaban que el mismo Dios les hacía llevar vida vagabunda por castigo de haber rehusado la hospitalidad á la Santa Familia cuando huía en Egipto. La astucia oriental mistificó el candor gótico; la Edad Media creyó á esos charlatanes disfrazados de penitentes y de peregrinos, y les concedió bulas, salvo-conductos, viáticos, y les otorgó privilegios caprichosos y cándidos; y esto no obstante, la raza intrusa la invadía á las sordina. Al principio sólo fué un punto negro sobre las estepas de la Valaquia, pero pronto mancharon la Europa entera con sus vivaks dudosos y sórdidos.

Es más fácil describir el itinerario de las nubes ó de la langosta que seguir las huellas de su invasión. Envuelve sus eternos viajes el misterio inherente á ese pueblo extraño. El viento borra la huella de sus piés. Donde eran cien son muy pronto mil. Se reproducen con la maravillosa fecundidad de los insectos. España se despierta un día llena de esas sabandijas, como el *piojoso* del cuadro de Murillo. Envían un ejército á Inglaterra, que atraviesa el mar invisible-

mente, como la colonia de ratones que desembarca un navío que arriba, llegando de muchas leguas de distancia. Antes que levante el ancla, el país ya está inundado, y los pasajeros no han visto ni oído nada...ápenas un imperceptible y sordo ruido en el fondo del navío.

Así eran y así son todavía; no han sufrido alteración ninguna las facciones de su primitivo tipo. Se encuentran lo mismo en las florestas de la Escocia que en los captus de Andalucía esos hombres ateizados, de nariz de gancho, de ojos biliosos, de cabello áspero como matas de crin, que espantan á los antiguos cronistas. Calot vería hoy aun los fastuosos andrajos que los cubren; reconocería todavía sus carretas, embarazadas por cazos y por címbalos, por oropeles y por volatería, por mujeres espantosas y por hermosas jóvenes, á las que escoltan gravemente bribones enjaezados y niños cubiertos con marmitas. Es siempre el mismo pueblo errante, sin fuego y sin hogar, sin culto y sin código, idéntico á sí mismo y esparcido por todos los senderos del mundo, que inundan sus negras caravanas. Conserva su pureza soñadora, su independencia egoísta, su ignorancia del bien y del mal, y su rebelión tenaz á las leyes del trabajo y de la violencia. Inmoral, pero poético, como la naturaleza, sólo reclama de las civilizaciones que atraviesa el derecho de asilo en su vasto templo. Para los demás, las ciudades cultas, las casas sólidas, el hogar, el campo, la seguridad del bienestar, los trabajos de la inteligencia. Para los bohemios los bosques espesos, las sierras estériles, los arcos de puente hundidos, la tienda que se rolla todas las mañanas al rededor del bastón de viaje, la marmita inmundada donde cuecen, á falta de otra presa, el erizo y el topo. Para ellas la licencia y los azares de la vida instintiva, que sólo obedece á los agujones de la carne y á las influencias de la luna.

Sus robos se parecen á los raptos de los animales carnívoros. Roban sólo para el día, sin segunda intención de prevención; ó de economía. Se adjudican el derecho del lobo sobre la yegua, cería, del milán sobre el corral, del reptil sobre los animales que emponzoña con su veneno. Sólo cultivan la parodia de los ejercicios del trabajo. Amaestran osos, esquilan caballerías, hacen juegos de manos, dicen la buena ventura, y haciendo siempre contorsiones de mano, ganan y pagan el escote de su vida. Les complacen las astucias y los prestigios de la chafanería. Un día de feria es para ellos lo que para los hechiceros una noche de sábado: en las manos de juglar del bohemio, Rocinante se robustece como Bucéfalo. El rocín causado, que la vispera arrastraba sus pezuñas cojeando, se metamorfosea en corcel gallardo, que humea y pateaa. El *gorgio* engañado vacía la bolsa por adquirirle; le monta y le espolea.....galopando la bestia apócrifa se deseca entre las rodillas del ginete; su gordura se funde como la nieve al sol, y la crin postiza queda entre las manos del rústico embobado. Algunas veces el bohemio se convierte en forjador; pero sólo como aficionado golpea el yunque. El ruido de la mancha le recuerda el viento que sopla en los árboles, los golpes del martillo regoci-

jan su oído, su espíritu móvil vuela y se recrea viendo saltar las chispas.

Esto en cuanto á los oficios; en cuanto á las artes, conoce una sola, la música. Ese arte fluido, en el que el pensamiento flota, es el elemento de su alma y en él se hunde, en él nada y sólo á él se confía. Un bohemio sólo habla con su violín, y aun entonces reivindica su independencia. La música bohemia es una *fantasia* sonora, sin reglas y sin disciplinas. Los ritmos saltan, las notas se esperecen, la melodía apenas aparece se escapa en zigzags en los dédalos de la *floritura*; el sollozo acaba por estallar en risa, el andante que se arrastraba lánguido, toma el galope una *strette* furiosa. Atractivos para elevar el alma, arabescos de riqueza de hadas, frases que lloran, como si voces femeninas se quejasen ante las planchas de color de oro del instrumento encantado, pasajes repentinos de entusiasmo, que ya elevan su imaginación á lo alto de los cielos, ya la hunden en las entrañas de la tierra.

La gran poesía de ese pueblo consiste en la mujer; cuando es hermosa la mujer bohemia, su belleza encanta. Su tez cocida al sol sabe como las frutas mordidas; sus ojos felinos, que jamás destellan un resplandor de ternura, fascinan con su mágica presciencia. Arrastra en babuchas torcidas sus pies, dignos de apoyarse sobre un sáculo. Ostenta la cabellera compacta y sólida por medio de la que se estaban antiguamente los cautivos al carro del vencedor. El oropel sienta muy bien á esa hija del azar y de la ficción; es una mentira viva que armoniza con las mentiras de la toilette y del adorno. Su vivo cuerpo se envuelve á las mil maravillas en telas rayadas y de colores chillones. Las perlas falsas, los vidrios que imitan piedras preciosas, los amuletos, las monedas turcas son las escamas que hacen relucir á esa serpiente. El mal gusto agrada á los ídolos.—“Si tienes una hija, dásle uno de los libros sagrados de la India, ponle un nombre sonoro, que abunde en vocales y que sea suave para los labios del hombre.” Las bohemias no olvidan esa recomendación de los antiguos bramas. Se llaman Morella, Claribel, Preciosa, Meridiana, Agrifina, Orlanda, etc., etc.; esto es, nombres de flores ó de estrellas. Hacen en la tribu el mismo papel que el espejo en la casa de las alondras. Seducir al extranjero, atraer al dhalán, fascinar al *gorgio* y conquistar con amorosos ojos las arañas de los dedos y los seques de las bolsas, cuya operación saben hacer con la sangre fría de las sirenas. Uno de los mayores misterios de la Bohemia consiste en la castidad que guardan sus mujeres en medio de los fuegos y de las espinas de una coquetería infernal. Don Juan ha llenado con nombres de todos colores su lista como-polita; hay en ella hasta escritos de derecha é izquierda con tinta china, pero no se halla en esa lista ni un sólo nombre de una bohemia. La última de ellas, si se le diera por amante á un Lord de Inglaterra, lo rechazaría con la indignación de una criolla, acusada de haberse entregado á un negro.

Las mujeres del Cairo se dice que palidecen ante las bohemias de Moscou; hechizan á la juventud de la ciudad y arruinan sus patrimonios.

Es de moda que tomen parte en las fiestas. En ellas juegan danzas que parecen picadas en el talón de una cantárida. El aire se alumbró con la agitación incesante de sus vestidos, sus ojos locos y sus gestos lascivos prometen ardientes voluptuosidades.

Extremecimiento de amor circula por los salones, las cabezas se desvanecen, los corazones se exaltan y caen á los pies de las bohemias puñales de oro y de alhajas... ellas, sin embargo, permanecen frías, como salamandras que danzan en el fondo de un brasero. Huyen después de haber encendido el fuego, y el que las siguiera al salir de esos bailes, las vería correr lejos, por la llanura, y encaminarse á un campamento nocturno, donde van á reanir con algún negro saltimbanqui que ronca sobre el estriércol de un establo. Hay maldad en el histérico de su danza; parece que esas cruces bailarinas se diviertan irritando las pasiones y torturando los deseos. Su traje favorito es el emblema de su juego feroz. Consiste en jubón cargado de pedras de tela roja entecortados por corazones, corazones heridos, traspasados y cogidos como mariposas, en el vuelo de la danza, quemados por el fuego de unos ojos áridos y espléndidos y clavados en el jubón brillante que los ha seducido, con los alfileres del *sortilegio*: corazones enemigos expuestos sobre la basquiña lasciva, como cabezas de Gaiurs entre las almohadas del serrallo.

La fidelidad que guardan las bohemias á los hombres de su raza es más que una virtud, un instinto de su sangre. Las preserva el desprecio y no el pudor. Esas mismas mujeres, á lo que no enterucee un lluvia de oro, venderían por una guinea el honor de una soltera. Sólo en Bohemia se encuentran alcahuetas vírgenes. Masos arañados son excelentes para ensalzar el fango y para conducir al cenagal.

La belleza de las bohemias resplandece y se disipa con la rapidez de un meteoro. Envejecen pronto y la fealdad las devora. En ellas todo es extremado; no tienen el término medio entre la Péri y el monstruo. El que encuentra en su camino una de esas viejas feroces queda horrorizado. El sol las quema, la lluvia las enmohece, el viento las curte y la edad las desforma. Su rostro se convierte en un hormiguero de arrugas, que se cruzan ásperamente á la luz del cielo azul; sólo los ojos conservan el brillo liberal; el resplandor profético reemplaza en ellas la llama voluptuosa. Desde el reino de la danza aérea descendiendo rápidamente al imperio místico de las tinieblas, no hacen más que cambiar de trono. A muchos incrédulos han convencido los oráculos que murmuran sus bocas sepulcrales. Han traspasado muchos corazones sus pupilas de fuego, que pueden leer de noche. Muchos hombres que entraron en su antro sonriendo, salieron de él pensativos como Macbeth después de la aparición de las Hechiceras.

Se han podido descifrar los gergolíficos de Egipto y los signos coniformes de Níive; pero nadie ha adivinado aun el enigma de esa raza que vive entre nosotros. ¿Le corresponde al filósofo ó al naturalista analizar su alma, desprovista en apariencia de todas las facultades de la

reflexión y del sentido moral? Pueblo que vive sin tradición y que se compone de individuos sin memoria. ¿Qué milagro conservó esa aglomeración de moléculas tan móviles? Carece de historia; llegó en medio de nosotros envuelto en una nube de cuentos; se ha acostumbrado á vivir aquí y vive; y ha cuidado de hacer á su alrededor sombra tan espesa, que él mismo no puede hoy día distinguir su realidad de su fábula. No conserva ningún recuerdo de una era primitiva, ni siente la nostalgia del país natal, como si el primer día de su Exodo hubiera atravesado á nado el Río del Olvido. No conoce ningún Dios; su religión es la de las cigüeñas, que se posan *indiferentemente*, según la estación, sobre las cornisas de las catedrales, y sobre los balcones de las pagodas. Raza católica en España, protestante en Inglaterra y mahometana en Asia, pasa del templo á la mezquita y de la circuncisión al bautismo, con imperturbable indiferencia. En Valachia el pueblo dice "que la Iglesia de los Bohemios se construyó de carne de cerdo y que se la comieron los perros." Su ateísmo no es impío; ni niega ni afirma, pero su espíritu fugaz se escapa á las trabas del dogma, como su cuerpo ágil, de los sitios de existencia sedentaria; sólo creen en la naturaleza y sólo adoran á la fatalidad, que rige su vaga existencia. Ese signo de su raza ha sido observado y confirmado en todos tiempos. Tallenant des Réaux, cuenta que la reina Ana de Austria encerró en un convento á una joven bailarina bohemia llamada Lianza, con la idea de convertirla, y nada pudo conseguir, porque "siempre que querían hacerla rezar encolerizaba á todo el mundo porque siempre se ponía á bailar."

¿Cómo puede elevarse la Bohemia á la idea divina si apenas tiene conciencia de su sér? No lo conoce, como el pájaro no conoce la historia natural. Cada noche borra para esa raza los acontecimientos de la víspera; se despierta al nacer el día, como sale la mariposa de su larva. Si la preguntáis sobre su vida pasada, se embrolla, balbucea y os cuenta fragmentos de sueños....—Borrow refiere un propósito de un viejo gitano que arroja alguna claridad sobre el interior de sus cabezas oscuras. "Me acuerdo—le dijo su gufa Antonio—que cuando yo era niño un día le pegué á un asno. Mi padre conteniéndome el brazo me riñó, diciéndome:—No hagas daño á esa bestia, porque el alma de tu hermana habita en ella."—"¿Puedes creer semejante cosa, Antonio?" exclamó Borrow.—A lo que el bohemio respondió:—"Unas veces sí, pero otras veces no. Hay personas que no creen nada, ni á un que viven. Yo conocí un viejo, muy viejo, que tenía más de cien años, que repetía siempre que es mentira todo lo que creemos ver y que no existen ni hombres, ni mujeres, ni caballos, ni burros, ni nada de lo que nuestros ojos creen ver."

No está en las anteriores frases la clave del enigma? No es esa la consigna de la errante tribu? Así se comprende su perversidad nativa, sus costumbres animales, su ignorancia acerca del día siguiente, y por qué atraviesa con indiferencia ciudades y bosques sin distinguir unos de otros. La Bohemia no vive, sueña; camina con

el sentimiento de la inanición de su ser, por entre los fantasmas de lo existente; y pasa por el mundo como un espectro luminoso, sin telón, sin plato y sin profundidad. Sus acciones le parecen irresponsables y vanas, como los movimientos de una sombra desprovista de sustancia. El mal se borra, el bien se desvanece, y el hombre para esa raza es sólo un extraviado en una fantasmagoría inmensa y burlesca.—*Umbrá*, dice un sepulcro de Roma.—*Nihil*, le responde la tumba vecina. El pasado, el presente y el porvenir de la raza Bohemia se encierra en esas dos palabras latinas.

Aunque así sea, causan temor, pero no odio esos hijos de la fatalidad, esos reyes vagos de la soledad, que constituyen una raza más maligna que malvada y que decora con sus grupos orientales los paisajes de Europa. La Musa visita sus vivaks con frecuencia, y cada vez arranca de ellos, para la poesía ó para la música, tipos inmortales; Esmeralda, Mignon, Fenella, Preciosa, etc. Sus caravanas pasean por entre las trabajadoras civilizaciones, no sé qué quimérico estandarte de ocio y de libertad. Con frecuencia la imaginación fatigada de las trabas de la vida social, toma las alas de los sueños para volar hasta las tiendas y mezclarse entre las bandas de esa raza. El día que ésta desaparezca, el mundo perderá, no una virtud, sino una poesía.

PAUL DE SAINT-VICTOR

## Nuestro idioma

HALLO más dulce el habla castellana que la quietud de la nativa aldea, más deliciosa que la miel hiblea, más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como á una hermana desde que en el hogar se balbucea, porque está vinculada con la idea como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la harmonía, de la irascible tempestad el grito, del mar el eco, y el fulgor del día.

la hermosa consistencia del granito, de los claustros la sacra poesía y la vasta amplitud del infinito.

BONIFACIO BYRNE

## Retrato de José Trinidad Reyes

JAMÁS olvidaré la imagen de aquel hombre venerable. A través de las espesas brumas del tiempo, yo la conservo grabada en mi alma. Era un sacerdote de mediana estatura: su cuerpo ro-

busto y la morbidez y suaves contornos de sus formas revelaban, á la simple vista, la virginidad de su organismo y de su alma: su cabeza, casi siempre inclinada, tal vez por el peso agobiador de las ideas, era grande, bien formada, cabeza escultural: su frente no era espaciosa, pero sus marcadas protuberancias decían, al hombre de ciencia, que era la frente de un pensador: sus cejas eran pobladísimas y, debido á una perenne contracción nerviosa del entrecejo, aparecían como una prolongada línea negra, interrumpida por pequeñísimos copos de esa nieve del invierno de la vida que se llama las canas: sus ojos eran algo saltones, como si quisieran estar listos para recoger mucha luz; carecían de belleza, en la forma, pero su dulce mirada hacía transparente el fondo de la infinita ternura que encerraba su alma: su nariz era irregular, modelada por el tipo de la raza mestiza: sus labios eran gruesos y salientes, particularmente el labio inferior; de una á otra comisura, notábanse, en raro contraste, las líneas de la boca de Voltaire, el filósofo demoleedor, con las líneas de la boca de Juan, el piadoso evangelista; ora jugueteaba en sus labios la picante sonrisa del epigrama, ora la dulce sonrisa expresiva de la mansedumbre, de la benevolencia cristiana para todos sus hermanos los hombres. Tales facciones resaltaban en el fondo de su color trigueño, palidecido por las vigiliias del estudio y por las meditaciones y los éxtasis de la oración.

RAMÓN ROSA

### Rondel

**D**oxo dos mariposas sobre la nieve  
vuelan tus manos blancas por el teclado,  
y sollozan las notas que ha despertado  
de tus ágiles dedos el saplo leve.

El ambiente está obscuro y en el nublado  
cielo, la luz se apaga temblando... Llueve...  
Como dos mariposas sobre la nieve  
vuelan tus manos blancas por el teclado.

Cae sobre mi espíritu un llanto helado  
y el pensamiento triste, que no se atreve  
á volver á los días de mi pasado,  
mira volar tus manos por el teclado  
como dos mariposas sobre la nieve.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL

### Fragmento

**E** vi. Era una tarde transparente y límpida. El sol moría entre arboles recamados de oro. Tenía el cielo todos los colores de la paleta divina. A lo lejos se destacaban las siluetas monstruosas de los volcanes; y junto á mí la vieja Ermita soñaba, dominando el valle que largo espacio contempló desierto, y en el cual surgió un día, como en los cuentos orientales, "la ciudad de las casas blancas y los árboles, que es como un nido de perlas y esmeraldas." Bajaba la colina hollando la grama fresca; y *Ella*, la Amada, marchaba también, delante de mí. Su saya era corta todavía y no ocultaba sus menudos piés de Cinderella; era blanco su traje, como la espuma del mar, como los lirios del valle, como la nieve de las cimas, como las alas de las palomas, como su alma, armíño aún no manchado por el fango de la vida; sobre su *pañolón* caían dos opulentas trenzas castañas, con reflejos ambarinos de oro leonado; y en su cabecita descubierta ponía un nimbo el moribundo sol. La volvía hacia mí de vez en cuando; y yo tenía la rápida visión de un semblante que hubiera querido contemplar de hito en hito la eternidad entera. En esos instantes palidecía yo profundamente, y mi corazón cesaba de latir, cual si toda la vida de mí sér se hubiera refugiado en mis ojos..... ¿Cuál era su nombre? Se llamaba Cosette, Ofelia, Margarita, Julieta, Beatriz, Laura y Eloísa; era la novia blanca, la dulce prometida, la cantada por todos los poetas, la flor divina de la existencia humana, que aun guardaba en su cáliz el rocío del cielo; era la luz, era la aurora, era el ensueño, era el primer amor....

DOMINGO ESTRADA

### Al pié de la estatua de Virgilio

**A** tristeza es más vieja que la risa—  
dijo Paul Verlaine en un verso melancólico de sus *Liturgias*. Yo creo que tienen la misma edad, creo que son ge-

melas; creo más, que se aman, que se buscan, que se completan. Cargadas de años, realizan el prodigio de la eterna juventud, se han burlado del tiempo: una conserva sus lágrimas transparentes y la otra sus labios lamínicos. Son las dueñas soberanas de la humanidad y las inspiradoras de todo arte. El blanco pueblo de los mármoles, la Grecia, destinado á reír, lloró algunas veces: Aristófanes lo deleitaba con su gracia perversa y lírica, desparramando violetas sobre la mesa brillante del festín, y bebiendo besos, bajo la embriaguez del deseo, en las bocas pródigas de las hetairas; pero Esquilo, en sus noventa tragedias, nublabá la escena con los vapores densos del tripié délfico, que envolvían en el misterio y en el terror la lucha de los titanes, altos y fuertes como torres de piedra, mientras las Euménides recorrían el tablado con sus ojos hipnóticos, sus garras carniceras y sus alaridos estridentes, y las Estrofas del Coro se erizaban de exámetros vibrantes como lanzas, caldeados como cóleras é implacables como maldiciones! El tormentoso pueblo de los profetas, el torvo Israel, destinado á llorar, tuvo una sonrisa—*El Cantar de los Cantares*—sonrisa pastoral, sonrisa de sol tibio sobre un lecho de mandrágoras frescas, sonrisa de ojos adorantes y de labios golosos, idilio que todavía huele á mirra, idilio que todavía sabe á leche cándida y á miel virgen; y quién sabe, señores, qué sea más bueno; quién sabe, señoras, qué sea más bello, si los oráculos lanzados por la elocuencia mesiánica—como piedras disparadas de la honda de los benjaminitas,—ó la dulce palabra de la muchacha de Sulem á su amante: *Sosténme en tus brazos que desfallezco de Amor!* Si penetramos á los cármenes donde alberga la electa Egeria de Renán, sorprenderemos muchas veces á la Musa de perfil judío, á la vestal de frente seráfica, á la suave Animadora del incomparable artista, con los ojos cuajados de llanto entre las flores cuajadas de rocío, mientras de sus discretos labios se escapan cláusulas rotas de recuerdos profanados ó silencios largos de pausas inquietantes. Si nos aventuramos en la lírica doliente de Leopardi, de ese hombre enorme que parece un

enorme páramo; si pegamos el oído en su corazón de Izoocoote, como en un caracol marino, para escuchar la tormenta, la tormenta que grita su perenne nota monocorde á los negros cielos impassibles, nos encontraremos, surgiendo de la infernal aridez del dolor, una visión blanquísima, ¡ay! la misma que todos hemos invocado en los paroxismos, la hermana del amor, á la que el poeta tiende los brazos con un anhelo infinito, con una esperanza tan grande como su angustia: la Muerte, resplandeciente, pura, buena, en cuyo *virgíneo seno* se encuentra el reposo de la lucha, el olvido de la ingratitud, el sueño sin ensueños, el alivio de la vida, la caricia de Dios!

JESÚS URUETA

## Balada Alemana

A RIQUEZA DE LOS PRÍNCIPES

¡U na sobremesa en la gran sala del castillo de Worms, los príncipes alemanes ensalzan á porfía el número de sus vasallos y la riqueza de su país.

—Magníficos son mis dominios—dice el Príncipe de Sajonia—y grande es mi poder. En las minas profundas de mis montañas, la plata se encuentra en abundancia

—Admirad la fecundidad portentosa de mi reino—exclama el príncipe electo del Rhín.—¡Qué hermosas cosechas en los valles! ¡Qué delicioso vino en las montañas!

—Grandes villas, ricas abadías—interrumpe Luis de Baviera—he ahí lo que distingue mi territorio; ¡valen lo que estas vuestros tesoros?

Eberhard, el de la larga barba, el príncipe tan caro al Wurtemberg, habla á su vez: “Mi país sólo tiene pequeñas aldeas; en sus montañas no se encierra el oro ni la plata.

Pero hay en él algo que tengo en más que la plata y el oro: yo, su príncipe, puedo sin temor reclinar la cabeza en el pecho de todos mis súbditos.”

El Príncipe de Sajonia, el de Baviera y el del Rhín exclaman á una voz al oírlo:

—Conde de larga barba, vos sois el más rico de todos nosotros; vuestro país tiene lo que, para un príncipe, vale más que todos los tesoros.

J. KERNER

### Dora

**E**y de mí! El navío prosigue sin cesar su irresistible curso á través de las espumeantes olas. A lo lejos, la quilla traza una estela, donde nadan y se revuelcan los delfines como si se escapara la presa. Todo presagía feliz travesía; y el tranquilo timonel maneja suavemente la vela que trabaja por todos. La mente de los viajeros flota y vuela por delante como los pabellones y banderolas. Sólo uno, de pié junto al palo mayor, vuelve atrás los ojos con tristeza, y contempla las montañas que azulean y se desvanecen en el mar. ¡Toda dicha se desvanece también para él! Así se oculta á tus ojos, ¡oh Dora! la nave que te arrebató á tu Alexis, á tu amigo ¡ay! á tu prometido. También tú, me buscas en vano con la vista. Nuestros corazones laten aún el uno por el otro, pero no el uno junto al otro. ¡Momento único, durante el cual he vivido! tú pesas más en la balanza que los demás días que hasta ahora se deslizaron friamente. ¡Ah! en sólo un instante, el último, has infundido súbitamente en mi alma nueva vida, como caída del cielo. ¡En vano resplandeces en el éter ¡oh Febo! Tu luz, que alumbró el mundo, me es odiosa. Quiero ensimismarme y recontar en silencio el tiempo en que diariamente la veía. ¡Cómo podía contemplar la belleza y no sentirla! ¡Por ventura aquel celestial hechizo no era eficaz á mover mi corazón fatigado? ¡Ah no te acusol...no...Así el poeta propone á veces al auditorio un enigma artísticamente entretejido. Admira cada cual el enlace de las imágenes, pero fatal siempre la palabra que encierra su sentido; mas cuando de pronto se descubre, ¡cómo se ensanchan los ánimos y saboreando doblados placeres en el concepto! ¡Ay de mí! ¿Por qué tan tarde,

Amor, por qué tanto tarde, arrancaste la venda que habías atado á mis ojos? Mucho tiempo há que aparejado el navío, sólo aguardaba vientos favorables, hasta que por fin sopló felizmente la brisa desde la ribera al mar. ¡Oh vana juventud, fallaces sueños de lo porvenir, vosotros os desvanecéis! sólo este momento me resta.....¡Oh Dora! eres mía; la esperanza no me muestra más que tu querida imagen. ¡Cuántas veces te ví acudir al templo, ataviada y modesta, y junto á tí tu madre ataviada también! Complaciente y ligera, ibas al mercado con la fruta, y cuando volvías de la fuente, había que ver con qué gracia se balanceaba el ánfora sobre tu cabeza. Brillaba tu lindo cuello entre todos, y sobre todo, tus púdicos gestos. A veces temía que se te cayera la jarra, pero se mantenía á plomo sobre el arrollado pañuelo. ¡Linda vecina!.....ya me había acostumbrado á verte, como se miran las estrellas, como se contempla la luna, como se complace en ello el ánimo tranquilo, sin que despertan el menor deseo de poseerlas. Así se deslizaron los días; mi puerta estaba á veinte pasos de tu casa, y yo, sin embargo, no puse el pié en el dintel. Y ahora, ahora nos separa el mar horrible. ¡Oh mar, mentida imagen del cielo; tu limpio azul es para mí del color de la noche!.....Todo se puso en movimiento; llegó un muchacho á mi casa para llevarme á la ribera. Ya izan la vela—me dijo;—ya flota al viento, y alzaron anclas..... Vamos, Alexis, vamos. Entonces mi padre, me bendijo, poniendo solemnemente la mano sobre mis rizos cabellos, y mi madre me dió con toda precaución un lío, tarde dispuesto. ¡Hasta la vuelta! ¡hasta la vuelta!.....torna feliz y rico. Y salí corriendo con mi pequeño paquete bajo el brazo.”

“Pasaba á lo largo del muro, cuando te hallé en la puerta de tu jardín. “Oye, “Alexis—me dijiste sonriendo;—¿va contigo de viaje esa gente que mueve tanta “algazara? ....¡Con qué te vas á correr “mundo, y á comprar joyas, aderezos de “las ricas matronas de las ciudades! Mi- “ra, traeme cuando vuelvas, una cadeni- “lla, que te la pagaré y he de agradecer- “tela mucho. Mucho tiempo ha que de-

"seaba una." Me había detenido, y á guisa de mercader, estuve preguntándote la formá y el peso de la cadena que me pedías. Le fijaste un precio muy modesto, ¡y yo contemplaba tu cuello, digno de los diamantes de una reina! En esto me llamaban con mayores gritos desde la nave y me dijiste cariñosa:—"Llévate alguna fruta de mi jardín; toma las narajas más maduras é higos blancos; no los produce la mar, ni has de hallarlos en todas partes." Y entré. ¡Con qué prisa cogías la fruta y se tendían los pliegues de tu remangado faldellín con la dorada carga! En vano te decía, dándote las gracias:—"Ya basta, ya basta."—Nuevas y más ricas frutas caían de tus manos. Por fin te fuiste al emparrado, donde había una canasta; el florido mirto encorbaba su ramaje sobre nosotros. Entonces te pusiste á colocar artísticamente, sin decir palabra, la fruta; primero la naraja, fija por su propio peso cual globo de oro; luego los higos blanduchos que aplasta la más leve presión, y encima el mirto para cubrir y ornar tu regalo. Yo no me decidía á tomarle, y seguía de pie sin moverme. Chocó tu mirada con la mía; sentía tu seno junto al mío, y te eché los brazos al cuello, y lo cubrí de besos. Reclinaste la cabeza sobre mi hombro, y tus adorados brazos cifieron con suaves cadenas al dichoso. ¡Ah, cómo sentí la mano del Amor, que nos empujaba, nos unía con fuerza, mientras retumbó tres veces el trueno en el éter puro! ¡Ah, cómo corrieron en abundancia mis lágrimas! Tú llorabas, yo lloraba; embriagados de pena y de dicha, pareció que el mundo se desvanecía para nosotros. Y en esto redoblaban los gritos en la playa, y mis pies se negaban á dar un paso.—"¿Eres mía, Dora?"—clamé....—"Para siempre,"—me dijiste con ternura. Y sonó más cerca: "¡Alexis!" Y el muchacho que iba á buscarme se asomó á la puerta. "Cómo cargó con la canasta? ¿cómo me arrastró consigo? ¿cómo te estreché la mano por última vez? ¿cómo llegué á la nave? Lo que sé es que parecía un borracho. Borracho me creyeron mis compañeros, y excusaron al pobre enfermo. Ya la bruma de la distancia oscurecía la ciudad.—"¡Para siempre!"—murmuraste Dora. Estas pala-

bras resuenan todavía en mi oído con el trueno de Júpiter. Sí; junto á su trono, en aquel instante, estaba su hijo la diosa del Amor; con las gracias á su lado; nuestra unión fué confirmada por los dioses. Apresura tu vuelo ¡oh nave! con los favorables vientos; avanza, poderosa quilla, y corta las espumeantes olas. Sí, Dora, sí; la cadenilla será una cadena, que se arrollará flexible á tu cuello nueve veces. Luego te dará además las más variadas joyas; quiero que adornen tu mano ricos anillos de oro en que el rubí compita con la esmeralda, y el zafiro se muestre junto al jacinto y engarce el oro la piedra preciosa en bella montura. ¡Oh! ¡qué mayor dicha para el esposo, como la de ataviar á su amada con las más ricas alhajas! Cuando veo perlas, me acuerdo de tí; cada sortija me recuerda la linda imagen de tu mano delicada. Quiero permutar y comprar, y luego de mi tesoro tú elegirás lo más bello; quisiera consagrarte todo el cargamento. Pero tu amante no va á ofrecerte sólo joyas y pedrería; también ha de traer cuánto regocija á la mujer hacendosa: las finas cubiertas de lana recamadas de púrpura para disponer el casto lecho que nos recibirá blandamente, y las piezas de tela fina. Ya te veo sentada y cosiendo, y vistiéndome á mí, á tí y se me figura que á un tercero. ¡Oh imágenes de la esperanza, consolad mi corazón! ¡Moderad ¡oh dioses! el violento ardor que le inflama! Pero yo mismo echo de menos este doloroso júbilo, cuando se apodera de mí horrible y helada inquietud. La tea de las Euménides, y los aullidos de los perros infernales, aterrorizan menos al culpable en las regiones de la desesperación, que no me espanta el tranquilo fantasma de mi amada, surgiendo á lo lejos. Veo todavía abierta la puerta de tu jardín....y otro llega. Por él, cae á su vez la fruta, y cata la nutritiva miel de aquellos higos....¡Qué! ¡También Dora le atrae hacia la cuna! ¿La seguirá él? ¡Oh dioses! Cegad mis ojos, borrad la imagen de todo recuerdo. Sí....es mujer; quien se da fácilmente á uno, se vuelve bien presto á otro. ¡Oh Júpiter! no te rías esta vez del odioso perjuro. ¡Estallen tus truenos más terribles que nunca!...¡hiere!....fulmina tus rayos....dirige sobre mí

la incierta nube, dispersa las naves, y abandona la carga á las embravecidas olas y mi propio cuerpo á los delfines."

"Basta ¡oh Musas! basta. Vano es que intentéis pintar cómo la dicha y la desesperación se suceden en el corazón enamorado. No podéis curar las heridas del amor, pero sólo de vosotras ¡oh diosas! desciende el alivio "

JOHANN WOLFGANG GOETHE

~~~~~  
Sin esperanza

Fantasia.

SIENTO en mi ser una embriaguez divina cuando tu voz de música me llama ó cuando mi alma con amor te nombra en la hora misteriosa y peregrina en que sufre mi espíritu que te ama sin esperanza, en la nocturna sombra.

En un ensueño fúlgido me pierdo viendo tu imagen seductora y fina, y siempre que me besa tu recuerdo siento en el alma una embriaguez divina.

Vibra en mi ser una emoción secreta y en él s aroma singular derrama, en el misterio de la noche quieta, cuando tu voz de música me llama.

Vienes á mí, silente y fugitiva, de albos jazmines por la muelle alfombra, al evocar tu imagen pensativa ó cuando mi alma con amor te nombra.

¡Oh ilusión imposible!..... Yo quisiera morir de amor sintiendo la divina caricia de tu obscura cabellera en la hora misteriosa y peregrina.

Sobre mi pecho tu gentil cabeza, de amor sintiendo la profunda llama, llegar hasta el abismo de tristeza en que muere mi espíritu que te ama.

....Huye mi ensueño en la errabunda brisa, mi atormentado corazón te nombra y en un silencio trágico agoniza sin esperanza, en la nocturna sombra.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

La Revista Nueva

no aparecerá en los días en que su Director se halle ausente de esta capital.

Pero en lo sucesivo no tendrá ningún otro atraso para proseguir con entusiasmo en la ardua tarea que se ha impuesto.

Permanentes.

—Agradeceríamos á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.

— Esperamos que las publicaciones que reproduzcan nuestros materiales extranjeros, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

La última

Si cumplir con lealtad nuestra última voluntad es sagrada obligación; cuando mis ojos se cierran he de mandar que me entierren dentro de tu corazón.

J. M. BARTRINA

Libros recibidos últimamente.

—Horas lejanas—prosas de Darío Herrera.—Volumen de 235 páginas.—Buenos Aires—República Argentina.—1903.

—Rosas de amor—poesías de Felipe Valderrama.—Coro—Venezuela.—1903.

Folleto.

—Castelar.—Prólogo del libro *Miscelánea*, de Pio Viquez.—Por Tobías Zúñiga Montúfar.—San José de Costa-Rica.—1903.

Luego nos ocuparemos de dichas obras.

Reproducciones.

*El Cojo Ilustrado*, de Caracas—Venezuela, una de las más brillantes publicaciones de América—reproduce nuestros sonetos intitulados *Del trópico*; y la bella revista; y

*El Mundo Ilustrado*, de México, revista de primer orden, nuestra prosa *Impresiones de estética*: *La Música*; y nuestro soneto *Madre Melancolía*.

De Rubén Darío.

París, 25 de septiembre de 1903.

Señor don Froilán Turcios,

Tegucigalpa.

Mi querido poeta:

Gracias por su recuerdo y su revista, que me parece excelente. Tendré mucho gusto en enviarle mi último libro, y trabajos que, aunque publicados en Buenos Aires, son desconocidos en el resto de América.

Créame su amigo,

RUBÉN DARÍO.